SUBHUTI

(FRAGMENTOS DE UNA VIDA)

Edición de

JESÚS ALLER

LLIBROS DEL PEXE

SUBHUTI

SUBHUTI

(FRAGMENTOS DE UNA VIDA)

Edición de

JESÚS ALLER

LLIBROS DEL PEXE
2006

Primera edición, noviembre de 2006
© Jesús Aller Manrique
© Llibros del Pexe S.L.
San Bernardo, 22-3 d.
33201 Gijón
Tel. y Fax. 985 09 83 42
pexe@telecable.es
www.trea.es/pexe
ISBN 84-96117-68-5
D.L.: AS-5040-2006
Diseño: Marina Lobo
Producción: Apel

ÍNDICE

Nota preliminar: *El manuscrito del Monasterio Maha Gandayon* 9

La enfermedad 13
Otra vida 15
El viento del sur 17
El hombre al que llamábamos el despierto 21
La disputa del renacer 23
El despertar 26
La muerte 29
Arroyo 31
Rebaños, cosechas y apostasía 32
La ciudad 33
El aprendiz 35
La amada 37
La hoguera 38
Luz 39
Desnudez 40
El escriba pintor 41

El libro 44
En presencia de la diosa 46
La mariposa 47
La diosa interior 49
El estigma del tiempo 51
Las palabras 52
Animales de la ciudad 53
El tiempo y la ciudad. 54
Eterno retorno 56
Hombre 57
Pasión del cuerpo 58
Donde nace el recuerdo 59
Lo que dijo el cadáver 60
El regreso. 61
Revolución 63
Días felices. 65
Un único existente. 67
A la luz de la luna 68
Naufragio. 69
Eternidad 70
Luz 71
Amanecer. 72
Crepúsculo. 73

Gate gate paragate parasamgate bodhi svaha.
Ido, ido, ido al otro lado, completamente al margen, despierto. Así sea.

Mantra final del *Sutra del Corazón*

NOTA PRELIMINAR:
EL MANUSCRITO DEL MONASTERIO MAHA GANDAYON

En un viaje por Birmania en compañía de Concha Crespo y Mario Colunga durante el monzón del año 2000, tuvimos la fortuna de conocer al venerable Lun Sein, monje y bibliotecario del monasterio Maha Gandayon de Amarapura, muy cerca de Mandalay. Conversamos mucho con él aquellos días, y al comprobar su vasta erudición en historia del budismo birmano, no perdí la oportunidad de pedir su opinión sobre un asunto que siempre me ha preocupado. El tema es complejo, pero puede plantearse como una sencilla pregunta. ¿Se reconoce en el sudeste de Asia algún influjo de las corrientes tántricas indias, y más concretamente de las que se suele denominar «de la mano izquierda»? La penetración tántrica en el budismo tibetano es un hecho bien conocido, y la cuestión era saber si la tradición birmana, por ejemplo, en general libre de ella, llegaba a manifestarla en algún caso particular.

Como respuesta a este interés, una tarde que visitábamos las salas de la biblioteca, el venerable Lun Sein nos mostró una colección de hojas de palma manuscritas, de unos cuatro siglos de antigüedad en su opinión, que

contenían la versión birmana de una obra procedente de la India y de la que no existe ninguna otra noticia. Siempre según él, la edad del texto indio, por las referencias históricas que incluye, podría remontarse a los albores del segundo milenio. Del códice se conservaban sólo treinta y nueve capítulos, algunos de ellos breves poemas, con la narración autobiográfica de Subhuti, un monje que al parecer se debatió toda la vida entre la fe budista y la adhesión a los misterios de Venus. El venerable Lun Sein nos permitió fotografiar el manuscrito y me proporcionó una copia de la traducción inglesa preparada por él mismo. También me indicó que, por la forma cómo estaban ensambladas las hojas, era imposible saber con certeza cuántos capítulos del original podían haberse perdido.

De regreso a España, mi interés por este texto no hizo más que aumentar. Me parecía que la personalidad que se transparentaba detrás de él resultaba enormemente moderna. En verdad creía estar oyendo muchas veces las peripecias de un contemporáneo. Debido a esto, y con la ayuda inestimable del venerable Lun Sein, que fue aclarando con paciencia todos los puntos oscuros, comencé a elaborar una versión española del manuscrito, para la que elegí como título el nombre de su protagonista principal. Este fue mi entretenimiento más querido durante varios años. Me fascinaba tratar de dar forma castellana, a través de una maraña de lenguas, a los pensamientos del lejano y entrañable Subhuti.

La decisión de dar a las prensas el resultado de este trabajo no ha sido fácil. El venerable Lun Sein prepara desde hace tiempo una erudita edición bilingüe birmano-inglés del viejo documento, pero por sus múltiples ocupaciones esta progresa muy lentamente. Esta es la razón de que él mismo me haya animado a publicar mi versión, en la que ha declinado el papel de coautor que en justicia le corresponde. Dejo constancia aquí de su generosidad, junto al testimonio de mi agradecimiento y admiración.

En nuestra traducción, la narración va en presente o pasado, y en primera, segunda o tercera persona según el manuscrito. No obstante, mi esfuerzo se ha dirigido más a ser fiel a su espíritu que a la exactitud filológica. Esto es cierto sobre todo para los poemas finales, que he tratado de ajustar en verso castellano. También he preferido poner un encabezamiento a los diversos capítulos, que aparecen sin él en el original.

En un libro anterior (*Asia, alma y laberinto*, 2002), tuve el atrevimiento de presentar una historia apócrifa que involucra a algunos de los protagonistas de este relato. Expío aquella temeridad sacando ahora a la luz la apasionada biografía que Subhuti realmente nos legó.

J. A., Oviedo, enero de 2006

LA ENFERMEDAD

Era joven, casi un niño, y sentí su aliento sobre mí. La peste avanzaba sobre la tierra. Mis padres murieron. Con manos ulceradas llamé a la puerta del monasterio. Y la puerta se abrió.

Estuve enfermo mucho tiempo. Recuerdo largos días dolorosos. Aquel hombre nos curaba. La muerte parecía respetarlo.

Nos daba medicinas, y hablaba con nosotros.

Una tarde, perdida toda esperanza, yacía en mi camastro. Mi cuerpo era un latido inclemente, una respiración fatigosa, un peso insoportable. Él estaba allí. Mi angustia se apaciguaba en su rostro.

«Oh Subhuti, preso en la cadena del ser, en la fantasmagoría del tiempo. Jugabas y reías, y ahora yaces torturado en el lecho. Apuras un conocimiento terrible.

Subhuti, es preciso que sepas.

Contemplas tu naturaleza. Muerdes sólo los frutos amargos del apego.

Ese latido hiriente es tu padre y tu madre. Descubres que no hay tierra debajo de tus pies. No sufras, Subhuti, no hay esperanza para el hombre.

Examina el griterío y dile: "Te reconozco a ti, sutil embaucador, sombra fugaz, símbolo odioso y eterno.

Toma mi cuerpo, porque el mañana ya no es necesario. He visto lo más profundo".

No sufras, Subhuti, no hay esperanza para el hombre.»

Un día, al despertar, la fiebre me había abandonado. Sentía la fuerza de la vida renovada en mí. Abrí los ojos. Él estaba enfrente, recogido en postura de meditación. Con labios temblorosos hablé: «Señor, estoy curado.» Su sonrisa era la misma de la tarde anterior.

«He aquí el viejo grito, el poderoso ensalmo. Soy. Sobre la áspera tierra. Erguido y libre. Soy. Nace de lo oscuro y regresa. Es el tiempo. De la estrella, en la nube y el ardiente mar. Eterna voz. Soy.

Oh Subhuti, toda la noche a tu lado pedía sólo que escaparas de la niebla de la ilusión.»

OTRA VIDA

Así fue como este cuerpo se sumió de nuevo en los gozos y miserias de la vida común. Resucitado, los días traían rutinas que me iban atando a aquel mundo en el que todo parecía tener sentido. Desde las paredes, viejas pinturas hablaban de siglos idénticos. Los maestros eran benignos, y aquel extraño ser al que llamaban el despierto fue siempre para mí un refugio y una bendición. Pasé muchos años felices entre aquellos muros.

Las horas de meditación nos enseñaban a bucear en nuestro interior buscando las respuestas. Aprendí que el ser es un apego desdoblado en placer y dolor, y que el flujo de conciencia debe ser observado milimétricamente y diseccionado, para descifrar las viejas voces que nos habitan. Conocí también ese estado en el que todo calla y la paz dulcemente regresa.

A partir de cierta edad nos instruían además en la ciencia más secreta. La fuerza del pene puede ser tamizada y diluida hacia arriba por una respiración rítmica. Desde el vientre atraviesa el diafragma y abre el corazón. A través del cuello llena el cráneo como una copa dócil.

Sin embargo, estas sofisticaciones eróticas no me hacían olvidar que más allá de los muros, tras lejanas montañas, un mundo bullía seductor. Monjes viajeros traían noticias de otros países y yo les escuchaba embobado. Una extraña inquietud me decía también que mi paz nunca sería completa en el monasterio. Eran ciertos ojos muy negros entrevistos en un camino, recuerdos de piel femenina insinuada bajo un vestido, labios de coral que parecían reírse del ascetismo y sus días idénticos.

EL VIENTO DEL SUR

El vendaval sacudía las ramas del gran eucalipto del patio cuando ellos llegaron silenciosos y se sentaron. El despierto meditaba sin que ningún pensamiento asomara a su rostro.

Pasaron unos minutos. Se oía sólo el viento del sur poderoso. Alguien preguntó: «Señor, siempre nos dices que debemos mantenernos expectantes, e interrogar a las cosas que nos rodean. ¿Qué nos enseña el viento esta mañana? ¿Cuál es su mensaje?»

Parecía que regresaba de un largo viaje. Sus ojos se abrieron y nos miró sonriente. Al cabo de un momento habló de esta forma:

«Mirad aquellas ramas que se doblan con la fuerza del viento. Bailan y se estremecen. Se agitan y hacen sonar sus hojas. Un hombre dice: "yo veo ese árbol, y en su temblor veo también el viento, el poder invisible que lo mueve."

Ese hombre construye un mundo en el que existe un observador, y existen cosas y existen también procesos que afectan a esas cosas. Ese es el mundo en el que nos han enseñado a vivir.

Sin embargo alguien que aspira a la sabiduría se interroga siempre por todo, porque sabe que el error desfigura muchas veces la realidad. Ese hombre trata de descubrir lo verdadero a través de las apariencias.

Ese hombre abre los ojos y dice: "He aquí una imagen del sol en la mañana. He aquí un gemido suave. He aquí pensamientos encadenados. He aquí los sortilegios de una voluntad indomable. ¿Es necesaria la acción?"»

Se detuvo un momento, y quedamos en silencio. «Señor. Ese hombre respira.» Intervino un joven. El despierto volvió hacia él los ojos, y le sonrió con una dulzura que parecía venir de algún país remoto. «La respiración es necesaria.» Remachó Subhuti.

«Hubo un tiempo en que otro muchacho se planteó también esa duda. Ese muchacho decidió que ninguna acción es necesaria, y la respiración tampoco debe serlo.» «¿Y dejó de respirar?» Inquirió Subhuti desconcertado.

«Su cuerpo se resistía a ello, pero intentó dejar de hacerlo. Aquel muchacho aprendió a interrumpir la respiración durante bastante tiempo. Era un yogui. Recogido en la meditación más profunda, su ser era un tronco leñoso, sus manos semejaban raíces en la tierra, sus pies reposaban vencedores sobre siglos de furia. Sin embargo, siempre regresaba.»

«¿Por qué, si pensaba que ninguna acción es necesaria?»

«Tal vez aquel muchacho estaba atado a algunas cosas. A la sonrisa de su madre que siempre se alegraba de su retorno, por ejemplo, o a las noches estrelladas y las nubes que pasan silenciosas. O tal vez aquel muchacho

pensaba que regresar era poder mostrar a otros el camino hacia la paz que resplandece en el fondo del ser. No lo sé.»

Todos callaron, y por un momento se oyó sólo el viento, que parecía opinar con su rumor atropellado. Se diría la voz de un gigantesco animal enredado también en la servidumbre del apego.

El despierto nos habló entonces con palabras de fuego que se grabaron en nuestros corazones:

«La cadena del ser está escrita con un cuchillo que divide. Ruptura de nacer, ruptura de morir, ruptura de ser sólo una ardiente inquietud entre la tierra y el aire, ruptura del deseo anclado cada instante en otros mundos.

Cada ser afirma su identidad y dice: "yo contemplo estas nubes y este viento, yo siento esta esperanza y este desasosiego. Heredero de siglos pasados y forjador del futuro, aquí resplandezco yo, personaje esencial, príncipe poderoso, protagonista. Yo, siempre yo en el centro de las edades y de los reinos."

Pero el viento del sur nos increpa y debemos escucharle. Su aroma húmedo nos dice que viene del mar. Arrastra hacia nosotros esas nubes que son el agua del mar. Y la lluvia del monzón hará fértiles nuestros campos que reirán con el manto de la cosecha. Y seremos también nosotros esa agua del mar, que se une a la tierra y al aire, y al fuego del sol que vivifica todo. Esa es la realidad de la cadena del ser.

El mar está dentro de nosotros y también el calor de la estrella, unidos a la tierra y al aire. Ese es nuestro cuerpo, destinado a devolver sus elementos para que rueden en el ciclo interminable. No hay en esto ninguna firmeza, ninguna permanencia, sólo un remolino de gestos fugaces. Es necesario saber que esta realidad que nos desvela tiene la leve consistencia de un sueño.

Y buscando nuestro yo en el fondo del cúmulo de sensaciones hallamos sólo los destellos que huyen, atropellados y torpes, condenados a regresar siempre. Y preguntamos gritando: "¿Quién soy yo?" Y es en vano, porque sólo contesta el fulgor de una vieja palabra o un recuerdo borroso.

Es así como la hoguera lentamente se apaga. Pero este conocimiento no es el fin del dolor, porque este sigue terco acosando a todos los seres atrapados en la cadena del devenir.

Entendemos entonces que ninguna acción es necesaria, pero la ficción del dolor es poderosa y su extinción es la única meta que invita a sumergirse en el tiempo.»

El resplandor del mediodía abrasaba las cosas y todos quedamos silenciosos alrededor del despierto.

EL HOMBRE AL QUE LLAMÁBAMOS EL DESPIERTO

Era difícil imaginar que aquel ser extraño hubiera sido un niño o un adolescente alguna vez, y lo cierto es que sobre sus primeros años circulaban historias absurdas por el monasterio, leyendas con generosa participación de dioses y demonios. Yo nunca di crédito a aquellos rumores, y siempre me esforcé en reunir pacientemente los detalles que pude sobre él, tanto acerca de su misterioso pasado como sobre su vida entre nosotros.

Nacido en el sur del país, parece ser que fue un muchacho normal, más bien tranquilo e introvertido, y que desde muy pequeño desarrolló una gran capacidad de abstracción y ensimismamiento. Los ejercicios de yoga fueron enseguida su ocupación favorita, y a los quince años ingresó como novicio en el monasterio. Apenas se había movido de él desde entonces. Era de mediana estatura y flaco, de rostro agraciado en el que brillaban poderosos sus ojos negros. Cuando yo le conocí su pelo era ya completamente blanco. En los momentos libres, se le hallaba siempre sumido en una profunda meditación. Un rasgo curioso y al mismo tiempo muy revelador de su carácter es que le era imposible soportar la más mínima injusticia infligida a seres débiles o indefensos. El dolor ajeno lo sentía como propio. Un animal u

hombre aquejados de alguna enfermedad podían hacerle permanecer en vela durante varios días, consolando y curando infatigable.

Es un misterio hasta qué punto la materia que somos refleja nuestra vida interior. Creo que un hombre perspicaz es capaz de intuir en los gestos de una cara o el brillo de una mirada algo así como un eco de los pensamientos que se fraguan en el cerebro. Cuando el despierto meditaba, la placidez de su rostro, la serenidad de todo su cuerpo expresaban emociones que apenas encajan en este mundo. Eran el testimonio vivo del sosiego y la paz.

Sin embargo, lo más extraordinario en aquel ser extraordinario tal vez fuera su sonrisa, su jovial entereza en los momentos difíciles, en las angustias y tensiones de la vida. Era entonces cuando se captaba más ciertamente en él una fuerza en la que se presentía el germen de una existencia distinta.

Mucho se ha especulado sobre los comienzos de su desarrollo espiritual. Transcurrido el tiempo, me queda la impresión de que era un ser con un alma absolutamente privilegiada, alguien capaz desde muy joven de aquietar la mente y atrapar la armonía más esencial y profunda. Asombraba su esfuerzo por transmitirnos las claves de esa transformación que arroja luz sobre el enigma que somos.

LA DISPUTA DEL RENACER

Cuatro años después de mi llegada, hubo una gran conmoción en el monasterio. Los monjes se enzarzaban en graves discusiones y todos, hasta los más jóvenes, tratábamos de participar y tomar partido. Un aspecto esencial de la doctrina estaba en cuestión.

La teoría de los agregados y la vacuidad del yo parecían ser la piedra angular de nuestra fe, pero una secta influyente aceptaba la vieja creencia de que el yo puede transmigrar a otro cuerpo en el momento de la muerte. Los que defendían esta idea se hacían más poderosos cada vez y la disputa estaba al fin entre nosotros.

Recuerdo las palabras del despierto cuando nos explicó una tarde su postura ante la difícil situación. Nos hablaba afligido y sus ojos tenían un brillo triste, como una nube negra que velara la habitual serenidad de su rostro.

«Hermanos, el hombre es una criatura veleidosa, un animal impresionable y frívolo, un simio torpe, enamorado del oropel, esclavo de sus miserias. La razón en él está al servicio de la oscuridad. Así es como la angustia crece como un fruto podrido y se enseñorea de todo.

La doctrina ha florecido mucho tiempo en esta tierra. Ha sido un bálsamo que apenas podía mitigar la desgracia, pero hemos lavado muchas

heridas, y hemos sido el ojo que trata de ver para el ciego, la mano que acaricia cuando todo está perdido. Hemos tratado de limpiar lo que hiede.

Donde los hombres estaban divididos les hemos hablado de su unidad esencial, donde se miraban y creían verse distintos les hemos mostrado la igualdad de su piel y de su sangre, de su gozo y sus sueños, en un mundo de sufrimiento hemos predicado la profunda hermandad, la universal compasión.

Y nuestro sistema no ha sido jamás una complicada elucubración, ni una colección de leyendas, ni una hermosa visión de lo que nadie ve, ni un relato que se pretende veraz de lo que nunca puede haber ocurrido.

Nuestro sistema ha sido siempre una llamada a la argumentación, una cuidadosa discriminación en la mirada, un callar para tratar de escuchar lo que nadie oye. Ese ha sido nuestro único método, nuestra única enseñanza.

Y ahora un abismo se abre a nuestros pies. Lo que estaba unido se desgarra, el que argüía se cierra a la razón. La serena visión se transforma en cueva de fantasmas.

Reescriben la doctrina y erigen una impostura. Pretenden que el yo que no existe se propague de un ser a otro ser. En vano he preguntado mil veces: ¿dónde está el yo que puede volver a otro cuerpo? En vano he clamado: si el yo es ilusión, ¿qué fuerza puede arrastrarlo?

En el fondo se esconde una gran trampa. La incoherencia que defienden acabará dando vida a la vieja alma, el odioso espantajo; siembran la diferen-

cia, justificarán la opresión. La razón era nuestra única arma y hoy se le da la espalda. Presiento tiempos difíciles.»

EL DESPERTAR

Hablé yo en nombre de algunos monjes jóvenes que a veces discutíamos ese punto esencial y oscuro:

—«Señor, ¿cómo es el despertar? Hay escrituras que hablan de un momento único y decisivo, de un instante en el que una transmutación se produce en la conciencia, un cambio radical que diluye el yo. En nuestra búsqueda, señor, esperamos esa experiencia con tanta vehemencia que la angustia se apodera de nosotros al sentir que no llega, que el yo permanece poderoso, al vernos condenados sin remedio en esta cárcel odiosa.»

Era la hora de la mañana en que los monjes nos sentábamos en una galería en torno al maestro. Una lluvia suave acompañaba los sonidos familiares, voces de mercaderes en el patio, algún balido lejano... Callé sorprendido de mi audacia al plantear un asunto tan espinoso y que tanto nos preocupaba. Aguardé expectante, y al poco tiempo el despierto nos habló. Estas fueron sus palabras:

—«Hermanos míos, el monje que anhela el despertar no es distinto en esencia del hombre que codicia cualquier bien terreno. Los dos son seres encadenados al deseo y condenados a una irremediable frustración. Los dos viven alejados de lo real, del instante eterno en que la mente se

proyecta en el espejo del ser, de la raíz poderosa donde pasado y futuro se diluyen.

Ningún milagro hay que esperar como fruto de la meditación, ninguna extraña metamorfosis. Más bien es al contrario. Buceamos en los ritos del cuerpo y el alma sólo para saber qué esconden en su seno y desnudar su poder, para ver en el fondo de las aguas revueltas. Preguntamos a cada destello de conciencia que surge: ¿quién eres tú que brillas aquí? ¿Y quién soy yo, sometido a este pensamiento, hijo de este pensamiento? Un manantial fluye del corazón, lleva nuestros gozos y anhelos, y arrastra también el miedo, la codicia y la ira. Todo eso somos. El origen de la corriente se pierde en el tiempo.

Pero escrutado en la meditación, el flujo revela sus leyes. No hay nada sólido en ese aciago apresurarse, nada con lo que podamos construir una identidad, es sólo un baile de sombras agitadas. Continuamente cambian sus nombres y sus vestidos, pero interrogadas sin tregua, acaban desnudando su esencia. Son sólo distorsiones grotescas, quimeras de oscuro origen que ruedan en el abismo del ser.

Y aquietadas las ondas, disuelta la espuma, el fondo del lago es visible. El vacío pronuncia nuestro nombre verdadero.

No esperéis un milagro que sacuda vuestro ser. Todo regresa eterna, dócilmente. Las semillas están plantadas muy hondo. Esperad sólo la serena

quietud, y la conciencia de que el dolor y la miseria del mundo pueden ser superados por el conocimiento.»

La campana llamaba para comer. Las nubes que pasaban indolentes recortaban retazos de azul entre los tejados del monasterio.

LA MUERTE

Aquel al que la muerte había respetado durante la peste, al cabo de ocho años enfermó de gravedad. En una de sus axilas se desarrolló un tumor que, operado por un monje que era hábil cirujano, se reprodujo varias veces.

Su final era inevitable, y una noche todos nos juntamos a su alrededor. Estaba sudoroso y pálido, y llevaba el brazo vendado, pero no había abandonado la postura de meditación, ni su sonrisa. Tuvo una frase amable para cada uno de nosotros. A mí me dijo: «Subhuti, nunca olvides cuál es la raíz del dolor.» Se cansaba enormemente y tuvo que callar. Recordé unas palabras que nos había dicho hacía poco:

> «Arde el corazón de la noche, su negra luz traza destinos.
> Bullen sombras en la pared,
> sombras sin dueño, eternas, peregrinas.
> Hasta que una voz suena:
> nunca,
> nada,
> nadie.»

Estábamos en silencio. Respiraba fatigoso y se debilitaba por momentos.

«Hermanos, recordad que un monje debe ir al otro lado del océano para aliviar el dolor y deshacer la cadena de la ilusión.»

Dicho esto, abrió los ojos y nos miró sonriente, su rostro se contrajo en una mueca y expiró.

Cuando su cuerpo se consumió en la pira abandoné el monasterio.

ARROYO

Toda la noche sonaba tu canción. En un delirio de estrellas y aterido de frío, con tu murmullo he imaginado un hogar. Padre, madre y el maestro sonreían junto a mí. No he estado solo.

Ahora el oriente comienza a iluminarse. Un resplandor abrasa las montañas que asoman entre bruma.

Y tú sigues sonando, impaciente y travieso, imagen de una eternidad gozosa.

¿Qué misterio resuelve tu risa esta mañana?

Los cuerpos consumidos por el fuego son aire, tierra y agua, y su pensamiento vive aquí, en las dudas y destellos de un instante único.

REBAÑOS, COSECHAS Y APOSTASÍA

Caminé mucho tiempo. Las montañas suavizaron sus lomas y entré en un territorio habitado, una ubérrima región donde los hombres se afanaban. La cosecha llenaba los graneros. Densos rebaños pastaban en los rastrojos.

Fui bien recibido en la aldea donde llegué. Les conté las novedades del monasterio y me dieron de comer. Por la tarde, satisfecho, a la sombra de una frondosa higuera sesteaba y meditaba. Lo que veía alrededor invitaba a pensamientos gozosos, a imaginar una vida capaz de esquivar el dolor.

Será posible la felicidad sobre esta tierra sin renunciar al mundo, me decía. Seres como el despierto viven obsesionados por lo más profundo, y encuentran la respuesta en su interior, pero eso sólo es posible para algunos privilegiados.

Terminé convencido de que debía procurarme una existencia cómoda que me permitiera gustar los placeres de esta vida miserable, al menos una comida todos los días como la que acababa de disfrutar.

Tres días después de salir del monasterio, el hambre satisfecha y las imágenes de la riqueza me empezaban a transformar.

LA CIUDAD

Después de varios días, de improviso, al culminar un collado contemplé el mar por vez primera. La llanura azul se perdía en el horizonte bajo nubes desvaídas, indescifrable e inmensa. Su murmullo parecía llegar desde la eternidad.

Y a su orilla se apretujaba otro enorme ser presto a engullir mi vida, un abigarrado ajetreo que vigilaban las altas torres de los templos. La ciudad, eterna como el mar, como él insondable.

Aquel era el lugar al que mis pasos se encaminaban sin remedio. Ahora pienso que podía haber seguido otro camino, que podía haber permanecido en el monasterio, o haber vuelto a la aldea de mis padres, a los viejos campos, la pobreza y la dignidad de mi niñez.

Pero sólo la ciudad me llamaba. Sólo allí podría alcanzar una respuesta la confusa pregunta que yo era. Allí sabría qué esconde en realidad ese enigma que es el hombre.

Recuerdo a aquel muchacho que miraba sorprendido la gran urbe desde un collado, embriagado de esperanza. Sombras del paraíso eran para él sus palacios y sus calles.

Ahora sé que veía sólo las ruinas de una civilización, los estertores últimos de un organismo que se creía aún vivo y pujante.

Le aguardaba en aquella ciudad un tedioso universo anclado en la mentira, un caos de opulencia y miseria, hambre y derroche, estupidez y estupidez.

El hombre veía sólo la proyección de su cuerpo en pequeños placeres, enojosos fantasmas.

Las vías de la percepción estaban cegadas.

Y yo sería uno más allí.

El hombre, ese fracaso, esa vergüenza.

El hombre, esa risa brutal, ese miedo.

Pasado y presente se anudan. Puedo recordar al muchacho que emprendió el descenso, su encuentro con un grupo de jóvenes que se mofaron de la vieja ropa que llevaba y su pelo rapado. De ellos oí por primera vez la palabra que en la jerga de la ciudad designa al viajero vagabundo.

Ahora pienso que su definición era exacta, un viajero vagabundo era y sigo siendo. Nunca dejé de serlo en todos los años que permanecí entre aquellos muros.

EL APRENDIZ

Subhuti, por las mañanas caminas deprisa hacia el mercado. Te gusta contemplar de pasada los gestos de la ciudad soñolienta. Empieza la vida en las calles con la débil luz del amanecer. El mercader abre su tienda y el mendigo se arrebuja aún en una esquina. Despiertan los olores y los sonidos, y al fondo de un callejón se recorta el resplandor del mar que el sol naciente ilumina.

Eres un aprendiz. En el largo banco practicas con tus compañeros los idiomas y las escrituras. Eso siempre te ha gustado. Son las voces de los pueblos y las razas, y hay un gozoso misterio en ellas. Sin embargo, odias las fórmulas comerciales, los contratos, los balances y cuentas. Te parece que se expresa en ellos un alma mezquina y ruin.

Al atardecer paseas con otros muchachos a la orilla del mar, en la gran playa fuera de la ciudad. Son tus amigos, tus camaradas en el largo banco. Te han aceptado a pesar de tu origen oscuro y tu pobreza, tal vez porque eres amable y humilde, porque a veces les ayudas ante una duda cuando el maestro está enfadado.

Las olas tienen la alegría de un idioma desconocido y la llanura infinita se extiende ante vosotros. Recuerdas y proyectas, y al final siempre piensas

que, a pesar de los pesares, todo tiene sentido si cada día hay comida deliciosa en el cuenco y unas horas para pasear y bromear a la orilla del mar. El pasado guarda ya sus dolores y el mañana es un enigma, pero el fulgor de la vida está contigo.

LA AMADA

Algo se conmueve en mí al recordar la historia. Desde que era una niña la veía en el mercado con la vieja criada. Tímida y, al final, siempre sonriente. Un alboroto de azabache su pelo, una confusa inquietud sus ojos negros.

Vi madurar su cuerpo, la mocita afectaba ademanes de mujer. Y todo mi cariño se convirtió en deseo, atormentada locura ante un misterio que encerraba la vida.

Aguardaba su regreso, paseaba su calle. Aquel callado ser era lo más precioso, envenenaba mis días de amor y de esperanza.

En ardientes cartas le hice llegar mi pasión. La asedié con mis versos.

Su respuesta tardó. Una frase lacónica: «Has de hablar con mi padre.» No recuerdo felicidad mayor. Aquel juicioso amor era justo lo que ansiaba en mi vida.

Hablé al viejo mercader y concertamos la boda.

En tardes interminables enlazamos las manos a orillas de la lumbre, paseábamos por el jardín. En un sangriento ocaso sellamos nuestros labios.

La muerte se la llevó un rudo invierno. Con su cuerpo ardieron en la pira todas mis esperanzas, mi familia y mis hijos.

Creí que moriría, pero al final el mundo se iluminó con colores distintos.

LA HOGUERA

El sol declina, Subhuti. Conoces tu destino. Sabes lo que te aguarda cuando la esfera roja se sumerja en el mar, incendiando el poniente. Ningún razonamiento te podría frenar. Muy bien lo sabes.

Con paso rápido bajarás hacia el barrio de los pescadores. Buscarás por ruidosas tabernas, por antros sucios. Navegarás la oscura geografía que promete el placer.

De puerto en puerto el mar arrastra gemas irrenunciables.

Elegirás los rostros que custodian la dicha. Negociarás detalles.

Fue un largo aprendizaje, pero sabes las leyes.

Y la noche arderá.

LUZ

Sólo quiero saber
la dulzura de tu piel entregada a mis besos,
el brillo de tus ojos que gozan,
glotones y salvajes,
el fuelle roto de tu aullido.

En los días de mi vida,
atrapados en un baile de sombras,
no olvidaré este instante,
el rosa de tus labios,
el azul de tus venas.

DESNUDEZ

Tiempo fuera del tiempo. Relevarse de líneas que traen una música dulce. En los momentos oscuros he anhelado vuestro regreso.

La rutina estaba preñada de vosotras, suaves formas rendidas. El mar y las rocas que bate presentían vuestra dicha.

Las palabras son cintas doradas que resbalan por nuestros miembros y los adornan, ecos de la calle que suenan extraños en el placer.

Cualquier palabra crea una ternura insólita. Susurramos ebrios para nombrar el mundo que nace, amanecer de lo real.

Y después, cuando los cuerpos reposan, trato de hallar una voz nueva que diga el mensaje de estas horas. ¿Qué misterio se ha revelado al fin?

La ciudad construyó un laberinto de sombras. Mi esperanza vio brillar un nombre de mujer.

Nubes viajeras en el cielo. El mar acecha incansable. La rueda del destino voltea.

Y hoy contemplo al fin un río de luz en los cuerpos que gozan, en la eterna batalla de su desnudez.

Al alba que regresa brillan apacibles los infinitos rostros de la diosa.

EL ESCRIBA PINTOR

Al principio, la mañana y la vuelta a las rutinas del mercado traían siempre un venenoso remordimiento. Las mujeres más bellas y orgullosas, envueltas en vestidos que moldeaban sus formas, tenían siempre un reproche mudo para la torpeza de mis manos. Los amigos hacían bromas sobre mis ojeras. Yo dudaba y sufría. Tal vez andaba un camino equivocado. Aquellas noches mías eran un desafío para las normas de la ciudad, para su ordenado esquema donde la familia reina inmortal y entrañable. Las más ácidas eran las mujeres. Yo despreciaba su oscuro dominio que subyuga a los reyes.

Sin embargo, más tarde, en mi apartamento del barrio de los pescadores, en las eternas y sublimes noches, los estertores del gozo no conocían códigos ni barreras. La orgía tenía sus propias leyes, y anunciaba otro mundo sin poder ni prohibiciones.

Mujeres hermosas como ciudades en la niebla iluminaban mis días aquellos años agitados. Las amaba y las temía, porque sabía que mi felicidad y mi dolor se tejían entre sus manos. En mi existencia oscura alternaban la rutina y el éxtasis. Y a pesar de todo, en el fondo de mi corazón había sólo un deseo de saber, de apurar el enigma.

Escribía los documentos que encierran los anhelos de los hombres, sus propiedades, sus ganancias. Y las palabras tentaban siempre en mi mente un orden distinto, en busca del sentido. Y en momentos perdidos emborronaba el dorso de viejas escrituras inservibles. Dulces horas de ensoñación en el mercado, a la puerta de la tienda, contemplando indolente a las mujeres hermosas que pasaban arrastrando su misterio, inventando la dicha.

Cuando alguien pese mi alma en una balanza, me gustaría que encontrara sólo el rastro de esa voluntad, una obsesión sin medida por desnudar algo en el corazón sombrío, atareado, perdido, por despertar al hombre único que se afana en el tiempo, que teje su tela de araña en el tiempo para cazar sólo el espanto y el olvido. Recogía intuiciones por las calles ruidosas, en los rincones del templo y a la orilla del mar. Buscaba siempre, enamorado de una esperanza apenas presentida.

Para qué intentar una crónica de los días iguales. Las gentes van y vienen, hay en sus ojos una única ansiedad, un orgullo único, aprendí a sonreír y a llevar mis pensamientos a otro lado, prófugo del poder.

Con la pluma en las manos, ocioso, comencé a ensayar dibujos de los rostros amados. En seguida, traté de que el cuerpo completo de la diosa brotara del papel. Tanteé sobre tablas los colores, exploré las líneas que definen la dicha. Al final, me convertí en el pintor de los retratos obscenos de las cortesanas, cuyos trabajos se disputaban los mercaderes para decorar sus aposentos más íntimos, sus nidos de placer.

Luego he pensado mucho sobre la obsesión de aquellos años. Turbado ante el misterio, hastiado de palabras esquivas que no permitían cristalizar mi anhelo, siempre acababa dibujando, pintando, tratando de eternizar sobre el papel o las tablas la más alta belleza.

Mujeres hermosas como ciudades en la niebla poblaban mis retratos. En ellos intentaba plasmar el momento en que la diosa gozosamente encarna en una forma o un gesto. Alguno pervivirá aún en una estancia sombría, en la sala de un lupanar. Contienen todos el anhelo de mis horas más felices.

EL LIBRO

En él trazaba los rasgos de las mujeres con las que compartía la dicha. Comencé a elaborarlo cuando me asaltó el miedo de olvidar a alguna. Sus nombres eran mantras que me llevaban al otro lado.

En la ribera del lago. Pequeñas olas se acercan insinuantes y juegan con las piedras de la orilla. Es una sucesión interminable, pero en cada una late un aliento idéntico, en cada una alumbra la misma luz. Yo jugaba a enumerar los rostros de la diosa, y me sometía a su poder.

Anclado en lo real, ese abismo, los viejos nombres eran también líneas y formas, voces que susurran secretos, gestos del placer inmortal de la diosa.

Los detalles de sus cuerpos tornaban en un éxtasis dorado, brillando y diluyéndose. Era una meditación lúcida, que se demoraba complacida en las fronteras del sueño.

Me abandonaba feliz en el recuerdo de las hambres saciadas. Pero una pregunta emergía siempre, persistía como la raíz que no es posible arrancar. El corazón de la diosa encerraba un misterio. La llama ardía buscando la respuesta.

Recordaba las últimas palabras que el despierto me dirigió: «Subhuti, nunca olvides cuál es la raíz del dolor.» Ciertamente, el apego es una tenaza

con dos poderosos dientes: el placer y el dolor. Su mordedura nos ata al laberinto del tiempo, nos condena eternamente a regresar.

Ese fue el largo camino necesario para descubrir que no hay ningún privilegio en la forma, ningún privilegio en la posesión de la forma, que la forma es el vacío y el vacío es la forma, y que esa sólo es la verdad y esa sólo es la belleza.

El largo camino para contemplar la unidad más allá de cualquier discriminación, más allá de todo arte y de toda quimera, de toda personalidad y de toda pretensión.

EN PRESENCIA DE LA DIOSA

Hechos. Si un hombre tiene algo parecido a una identidad, será esta sólo una suma de procesos, la crónica de un devenir. Cuando llega el momento del ajuste de cuentas, cada uno dispone de sus "hechos", de sus acciones y sensaciones, y sólo puede hablar en torno a ellos.

Dioses. Eternos compañeros del hombre. Proyección de sus anhelos. Para mí siempre quimeras. Sin embargo, la conciencia de una fuerza avasalladora, de algo único que todo lo transciende y lo "explica" me ha asaltado muchas veces, muchas gozosas veces. Y en los primeros años, debo decir que esta conciencia estaba ligada siempre a la presencia, más o menos física, de una mujer; nacía en torno a su cuerpo, su voluntad, su placer.

A expresar esa fuerza, que no me resisto a llamar "la diosa", dediqué largas horas de trabajo, tanteando y mezclando las líneas y los colores. El encuentro con ella fue el gran trago de mi vida, porque ella iluminó su único sentido.

Amada mía inmortal, tus labios fríos anudan cada hora un rictus de placer. Sin ti es la rabia y el odio, la mañana fría y los enemigos que acechan en la maleza sórdida de la ciudad. Contigo es el eterno mediodía a la orilla de un río luminoso e insondable. Amada mía, contigo es la paz.

LA MARIPOSA

Cavilo en el ocio de la tarde sobre un viejo documento. Trato de interpretar su escritura hermética, de rasgos arcaicos y duros, que promete un conocimiento escondido.

Y entonces llegas tú a través de la puerta abierta. Revoloteando en el aire cálido vienes a posarte sobre el manuscrito.

Negra y verde es tu belleza, con destellos amarillos en las alas posteriores, prolongadas en delicados rabillos. Te mueves despacio sobre el escritorio. Largas antenas coronan tu cabeza.

Una bestezuela eres. Arrastras sin duda un decorado soberbio, pero es este un pesado equipaje también.

¿Qué buscas en la tarde soñolienta? Algo dulce tal vez. O quizás un ser similar a ti que a ti se entregue y se rinda. Todo el sentido de la vida contienes en tu frágil armazón, todas sus alegrías.

Me deleito en tu hermosura, y trato de hallar en ella una clave que la más vieja sabiduría se resiste a alcanzar. Humano es tratar de poseerte y descifrarte, sucumbir al poder que irradias.

Pero emprendes el vuelo. Perezosa te paseas por la tienda en penumbra, y atraída por la luz te deslizas fuera, al callejón del mercado.

Persigo con los ojos tu rastro. Nada dejas sobre la mesa que te recuerde. ¿Hay acaso un mensaje en tu visita?

Pequeña amiga, otro mundo ha de nacer desnudando la oscura voluntad, el eterno fluir que tu esplendor revela.

LA DIOSA INTERIOR

Personas como el despierto alcanzan una visión que ilumina la existencia y resuelve sus dudas. La milenaria ansiedad de la vida se aquieta y pacifica en ellos.

Pero los que no somos tan afortunados vivimos prisioneros de los viejos impulsos, la autoafirmación en todas sus formas. De todos ellos, yo vi en seguida que uno triunfaba poderoso. Existir para desear, y en mi caso, desde muy joven deseo expresado ante todo como anhelo de lo femenino, presentimiento y pasión de la unión con la diosa.

Sin embargo, contra lo que pudiera pensarse, con el desvelamiento de los misterios divinos, la inquietud persiste. Se diría que participar en ellos no es suficiente para dejarnos satisfechos.

La angustia sólo comienza a disolverse cuando se produce un descubrimiento trascendental. Donde antes veíamos un elevado ser por encima de todo lo mortal, se revela de repente una diosa carnal que no existe sobre nosotros, sino justo a nuestro lado, como una manifestación de nuestra propia naturaleza.

Avanzando más en el conocimiento de la esencia divina, llega un momento en que se hace evidente la presencia de la diosa, sublime y pode-

rosa, en el fondo de nuestro corazón. Esta visión va acompañada de una dulce quietud. La dualidad es superada entonces.

Podría decirse que todo este proceso es un recorrido de la diosa lejana a la diosa accesible, la diosa próxima y la diosa interior, que culmina el ciclo y lo devuelve a su origen, anterior al despertar del apego.

La diosa interior es el mediodía que resuelve nuestras dudas, pero es una tierna caricia también. Es la serena y luminosa presencia que nos guía más allá de cualquier contingencia.

La diosa interior brilla en la hierba fresca de la mañana y en el resplandor del ocaso, se manifiesta en todo lo que existe, en todo lo que ama y vive.

He tratado siempre de conciliar esta filosofía personal con las doctrinas que aprendí en la niñez. Sin duda son caminos diversos que conducen al mismo lugar, sendas variadas para hombres creados por ambiciones y anhelos distintos.

EL ESTIGMA DEL TIEMPO

Paseas por el puerto. Una hermosa mujer te invita a su lado y rehúsas sonriente. Toda tu energía se va ahora en esa búsqueda que obsede tus días y tus noches, un intento desesperado por asomar la cabeza sobre este tiempo sombrío. Sin embargo, hay mujeres a veces en tu vida, y añades nuevas láminas a tu libro. Sobre el papel revive la magia de la forma divina, y el nombre amado regresa siempre poderoso, reliquia de otro mundo que vive en tu corazón.

De aquellos muchachos junto a los que soñabas una vida de hombre, algunos siguen siendo tus amigos. Son respetables padres de familia. A menudo los visitas. Recuerdas viejos tiempos, juegas con sus hijos. Otros rodaron por el mundo, y apenas los has vuelto a ver. Tras la rutina del trabajo, la tarde se resuelve en conversaciones amistosas. Después lees incansable.

Dedicas muchas horas a estos pensamientos. El estigma del tiempo marca nuestros corazones. La codicia nos hace crecer hasta que todo lo perdemos. El viento juega con tu cabello nevado mientras contemplas la azul lejanía y las olas que se estrellan contra el malecón. Una tras otra, iguales.

LAS PALABRAS

Subhuti, has llegado a la edad en que el hombre mira hacia atrás. Sabes que la flor debe marchitarse para que crezca el fruto.

Los días iguales dejan un regusto amargo. Ya todo se repite y tu coraje afronta el último desafío. Has apurado el vino de tu vida.

Sólo aguardas que el viento traiga las palabras, las poderosas palabras.

Porque las palabras soportan la arquitectura del mundo, y sólo ellas desnudarán el motivo que yace oculto.

Encadenado a lo idéntico, peregrino en el tiempo, cierras los ojos y esperas su fulgor que diluye las sombras.

ANIMALES DE LA CIUDAD

Ratas que chillan y muerden, copulan en la oscuridad, chillan y muerden.
Mimadas mascotas en los salones.
Animales de carga, que sueñan con la fatiga y el látigo.
Pájaros en jaula, de alas atrofiadas.
Perros guardianes de colmillo afilado.
Mírales a los ojos y verás el alma del hombre.
Mírales a los ojos y verás la vida y la muerte del hombre.

EL TIEMPO Y LA CIUDAD

El frío de la tarde te hace sentir vivo, prisionero de un tiempo que se desliza lento, con sus ritmos inquietantes. Un creciente minúsculo brilla sobre el ocaso. Estás cansado y haces planes. Mañana…

En la playa las olas eternamente juegan. Estás vivo y haces planes.

Sobre esa colina están los palacios de los ricos mercaderes. Lujosos criados de tez oscura guardan las puertas. La música y los gritos de una fiesta llegan hasta ti. Seguramente es una boda. Hay basura en las calles. Al otro lado del río la chusma bulle y se emborracha en las tabernas.

Mañana será también la venenosa servidumbre. Muy pocas posibilidades tenemos de evitarlo.

Nada hay de particular en esta era sumergida en el tiempo. Es eso lo único que te han enseñado los libros, esos gruesos volúmenes que han debilitado tu vista. Contemplas un paisaje que se dilata infinito, un fragmento de la mismísima eternidad. Los tiranos siempre regresan. La estupidez y el sufrimiento reinan inmortales. Al menos hasta ahora... ¿Cuándo abandonarás esa necia esperanza?

El frío te hace tiritar. Estás cansado y vuelves a tu refugio entre libros. Visitarás otras tierras, otros tiempos. Brillan en la distancia reflejos de la

inquietud y el tedio que llevas en el corazón, pero tal vez un día encuentres la promesa de un mañana distinto.

ETERNO RETORNO

Trasnochada repetición de gestos y palabras, angustias y placeres.
Instante eterno sepultado en el tiempo.
Seducción del espejismo.

HOMBRE

Ardiente sombra, toda tu fascinación se resuelve hoy en un *por qué*. El tormento y el éxtasis han perdido su aguijón, y sólo pervive la pregunta por el sentido.

Qué poder se recrea en el mar de las formas y los nombres, qué esperanza se yergue y declina en el oscuro instante.

El eterno protagonista no deja de tejer su soledad, de desplegar en el tiempo su prosapia y sus planes.

Pero el corazón sabe ya que ninguna certeza aguarda en el centro del laberinto, que sólo una paz muda y humilde aliviará el sufrimiento de los hombres, la terca inquietud que asoma en sus ojos.

PASIÓN DEL CUERPO

El movimiento evidencia la voluntad. Su recurrencia expresa la miseria de la voluntad, su radical indefensión.

La historia es el horror, chocar de voluntades, destellos de angustia. Esclavitud y pasión de la forma.

Esencia vegetal en el cuerpo. Ruda savia lo habita. El sol lo anima. Aire y tierra lo nutren. En una flor se extingue y regresa.

Hay una felicidad impersonal en el ser. Ciego, mudo, inestable, goza. Es el deleite oscuro en lo más hondo del cuerpo.

DONDE NACE EL RECUERDO

Las horas pasan veloces. Es necesaria una eternidad para pensar. Las palabras son piedras de colores que pones en la arena, piedras vistosas, para las que buscas un orden nuevo, libertad y vértigo. Pero, de quién son las palabras, quién explora su simetría, sus resonancias y juegos. Hay una añeja nostalgia en esta meditación, sonar de piedras que el mar remueve en la playa, piezas del laberinto vibrantes siempre en un grito de espuma.

De quién son las palabras. Antes del hombre, en la noche del ser ardía poderosa la estrella, y el corazón del mar palpitaba en su flujo y reflujo. Había entonces sed de eternidad en cada ola y cada grano de arena, y su ciego vagar repetía amorosas palabras.

Las horas pasan veloces. Vivimos prisioneros de la mentira. Nuestra alma, nuestra identidad son mentiras, venenosas quimeras, un pozo de agua amarga. Detrás de la conciencia, del alud de recuerdos, se eleva sólo el estigma de una decisión, destello de un instante, llanura donde el mar incansable juega con las palabras.

LO QUE DIJO EL CADÁVER

He olvidado la preciosa luz que amaba. He olvidado el espanto y la duda.
Pero soy todavía, y prodigo mis cosas en este mundo extraño,
mis miembros en la tierra son pequeños montículos
y aladas criaturas germinan en mi carne;
el río llevará estos huesos al mar.
Vivo como una sombra en la sombra que eres.

EL REGRESO

La ciudad construida por el hombre acaba modelando al hombre. Las generaciones se suceden en la rutina del odio y la diferencia. El amor es negocio y poder. La montaña y el pájaro contemplan el desastre. El hombre se pierde en el laberinto que ha creado.

La ciudad es un orden ficticio. Ante el río y el árbol el hombre tiene una oportunidad. La perplejidad puede salvarlo, decirle su nombre, revelarle su identidad. Ante el canal y la maceta es la sombra de una sombra, un engendro de temor y violencia.

Los años transcurrían iguales.

Y la esperanza imposible de un mundo distinto se mezclaba en mí con el recuerdo de un lugar donde imperaba la razón, una sociedad en paz donde el hombre crecía en el conocimiento y el respeto.

Así un día decidí volver al monasterio. Me deshice de todo lo mío, y empaqueté mis libros. Me despedí de mis amigos y me puse en camino.

Me detuve en el collado desde donde contemplé la ciudad por primera vez. El sol, reinando sobre las montañas, iniciaba su curva trayectoria en un cielo luminoso y despejado. En la frontera entre la tierra y el mar se extendía la gran urbe, radiante de blancura, despertando al ajetreo del día. Quedaba

allí mi vida, con mi placer y mi angustia, mis dudas y mi miedo, amalgamados y confundidos, mi vida toda encerrada en aquel resplandor que reinaba sobre las olas del mar infinito.

Quedaba allí yo entero, una sombra tan sólo, y otra sombra emprendía el regreso hacia los muros y los patios empedrados de mi infancia.

REVOLUCIÓN

El gobierno brutal del viejo rey ha hecho que grupos de campesinos se subleven por todo el país. Algunos señores se han unido a ellos, e incluso han ido a buscar al joven príncipe desterrado, el bondadoso y culto Vivenkataramanam, para que lidere la revuelta. Son estos tiempos muy difíciles.

Varios monjes del monasterio quieren partir para unirse a los rebeldes. En la asamblea han defendido ardientemente su postura. Otros objetaban que ninguna violencia puede estar nunca justificada. Yo escuchaba en silencio sus argumentos mientras sentía que mi cabeza y mi corazón también batallaban.

Cómo oponernos a la injusticia, a la ignominia de la miseria coexistiendo con el derroche. Los viejos códices nos enseñan que la historia se repite, volteando como una rueda siniestra. Los revolucionarios de hoy acaban siendo déspotas mañana, pero la rebeldía es un camino inevitable.

En el monasterio sabemos que el error fatal está en el corazón del hombre. Ahí se le debe buscar y combatir. Sin embargo, para derrocar la tiranía, la recta razón dice que las armas pueden ser necesarias también. Yo hoy

hubiera deseado un cuerpo joven para lanzarlo a la batalla por un mundo con menos sufrimiento.

DÍAS FELICES

En esta ancianidad de monje y pastor de recuerdos, me gusta a veces ascender al atardecer a un monte próximo al monasterio, un cerrillo apenas, compasivo con mis débiles piernas. Desde él se divisan lejanos los valles donde gasté mi existencia, y el mar que tanto amaba juguetón a mis pies dibuja en los días mejores una cinta azulenca que se funde con el cielo.

También contemplo desde allí los días de mi vida entregada al bullicio, al fragor del mercado, las largas noches de gozo... Quimeras de los hombres, de las que esta ensoñación desde una cumbre solitaria es tan sólo una más. Los que se fueron atrapan a veces mi alma, reviven en mí, sombras de las sombras que fueron. Me hablan y les hablo. Después arde el poniente y las estrellas asoman cautelosas al reino de la noche.

Son horas largas y plácidas. La mente se recrea aligerada de todo peso en la orilla de un sueño lúcido. Mi dilatada vida susurra sus imágenes y sus enigmas. La pregunta por el sentido ha llegado hasta aquí. Las estrellas responden con su inquieto murmullo. Eternamente vivas gozamos este instante, dicen. Voluntad de un instante somos, que brilla en el espejo del espacio y el tiempo.

Regreso al monasterio con las luces del alba. Aguardan los trajines del día, las dudas de los novicios, los desmanes del mundo. Me entrego a ellos con la ilusión del niño que juega. Es necesario que esta vida que no existe continuamente empiece y continuamente se extinga.

UN ÚNICO EXISTENTE

A la orilla del mar, buscando las palabras,
estar vivo es creer lo que dice la piel,
ardemos como viejas antorchas sentenciadas
y tememos al viento que llega acariciando.

La voz interminable, un corazón resuena,
observamos absortos los celajes que escapan,
y tras hiel de palabras, presentimos oscuro
un único existente que repite la historia.

Hay ley en el delirio, sus mutaciones toscas
aturden nuestros días, desvelan nuestras noches,
pero en el rostro amigo que devuelve el espejo
sólo el mar nos contempla, profundo y poderoso.

A LA LUZ DE LA LUNA

Anduvimos por esas playas
y dejamos huellas en la arena
que el mar ha borrado.
Fuertes y soberbios,
bestias de otros tiempos,
tempestad de miradas,
anduvimos por esas playas.

NAUFRAGIO

Se desliza aquí ahora
la pesada corriente de un río milenario.

Una garra asombrosa,
tan vieja como el mundo, arañando el papel.

De algún lugar ignoto
van llegando palabras y apagan la quimera.

ETERNIDAD

Este entrañable mundo,
pequeñas
cosas
mías,
me ha venido a decir una palabra
que escondía en su seno.

De la maga penumbra
le llegan pensamientos
a un hombre que no existe.

LUZ

Deslumbra la mañana.
Pero antes del ojo
ya torrentes de luz
abrasaban la roca.

AMANECER

Un pájaro que surca el aire cristalino
mientras cumbres lejanas en el oriente arden,
terquedad de los árboles, resplandor de la helada
ofician los misterios del día que regresa.

Se consuma el milagro antes tus ojos ciegos
que ignoran el poema de la hierba y la nieve.
Han hecho para ti un hombre que se afana,
sin mirar a los lados has de andar tu camino.

Pero hoy te has parado cuando el mundo despierta
a contemplar sus mudos engranajes sin prisa.
Aterido de frío, con el árbol y el pájaro
juegas entre la escarcha.

CREPÚSCULO

La estrella de la tarde
tiembla muda en el cielo
y el sol entre los montes
sucumbe en holocausto.
Se diluyen las sombras
en la noche callada.

El pájaro regresa
al nido entre las ramas
y las flores radiantes
apagan sus colores.
Se diluyen las sombras
en la noche callada.

Se lleva un viento frío
las nubes indolentes,
los rostros y los nombres
escritos en el agua.

Se diluyen las sombras
en la noche callada.

ÍNDICE

Nota preliminar: *El manuscrito del Monasterio Maha Gandayon* 9

La enfermedad 13
Otra vida 15
El viento del sur 17
El hombre al que llamábamos el despierto 21
La disputa del renacer 23
El despertar 26
La muerte 29
Arroyo 31
Rebaños, cosechas y apostasía 32
La ciudad 33
El aprendiz 35
La amada 37
La hoguera 38
Luz 39
Desnudez 40
El escriba pintor 41

El libro 44
En presencia de la diosa 46
La mariposa 47
La diosa interior 49
El estigma del tiempo 51
Las palabras 52
Animales de la ciudad 53
El tiempo y la ciudad. 54
Eterno retorno 56
Hombre 57
Pasión del cuerpo 58
Donde nace el recuerdo 59
Lo que dijo el cadáver 60
El regreso. 61
Revolución 63
Días felices. 65
Un único existente. 67
A la luz de la luna 68
Naufragio. 69
Eternidad 70
Luz 71
Amanecer. 72
Crepúsculo. 73

Se terminó
de imprimir este libro
en el mes de noviembre
de 2006.